

Quintana Paz, Miguel Ángel



Miguel Ángel Quintana Paz (Salamanca) es profesor de Ética en la Universidad Europea Miguel de Cervantes. Fue Lonergan Fellow en el Boston College y colaborador de Gianni Vattimo en la Universidad de Turín. Su último libro es Sapere aude, o ¿cabe llamarnos aún ilustrados? (2018). Escribe en El Español y The Objective, donde dirige el podcast Café

Vienés.

EL VIRUS QUE HIZO CAER A LOS POTESMINKIN

Seguro que todos hemos contemplado alguna vez la demolición de un rascacielos. Tras desplomarse sus columnas principales, hay un momento, un par de segundos apenas, en que parece que aún podrá sostenerse en pie. Luego colapsa. Creo que ahora estamos viviendo esos dos segundos.

Una vez hayan pasado, nadie sabe muy bien con qué nos toparemos. He ahí la diferencia con las voladuras controladas: el coronavirus no ha ubicado las cargas de dinamita en lugares prefijados, sino un poco por todas partes, tal vez incluso en los cimientos. Al fin y al cabo, es un virus, no un ser humano. No sabemos que permanecerá y qué se derrumbará.

Sin embargo, por liviana que haya sido la explosión, hay algo que podemos estar seguros de que no quedará indemne. Son las fachadas Potemkin. Estas reciben tal nombre no de arquitecto alguno, sino de aquel príncipe ruso que,

sabedor de que la emperatriz Catalina se proponía visitar Crimea, colocó por toda ella bastidores de cartón piedra que imitaban caseríos, casas, mansiones, posadas. Como un gigantesco decorado teatral. Su finalidad era doble: por una parte, persuadirían a la soberana de que su pueblo gozaba de una cierta prosperidad. Por otra, le ocultarían el lado más mísero de la verdadera vida de sus súbditos. Ciertamente, si Catalina se hubiera acercado a aquellas fachadas exentas, habría descubierto que eran un mero trampantojo. Pero el príncipe Potemkin jugaba con ventaja: tenía la certidumbre de que la zarina jamás soñaría entremezclarse tanto con su vulgo.

La España de hoy no la rige ninguna emperatriz. Desde hace más de cuarenta años el soberano aquí es el pueblo. Pero ello no significa que se hayan extinguido de entre nosotros los pequeños príncipes Potemkin, afanados en erigir ante nosotros preciosistas fachadas de cartón piedra. Ahora bien, que esos bastidores engañen al ciudadano presenta un problema al que, como dijimos, no tuvo que enfrentarse su diseñador ruso. A saber: en nuestro caso, cualquiera (y no solo una desdeñosa monarca) podría acercarse hasta esos decorados y detectar su ardid. ¿Cómo es posible, pues, que hayan sobrevivido tanto tiempo?

La solución a este enigma reside en que, así como la soberana no es ya solo una, sino todos, tampoco los príncipes Potemkin son ya solo uno o unos pocos, sino vastas masas de operarios ocupados en apuntalar miles de fachadas vacías; cientos de manos dispuestas a remozar este o aquel decorado si su engaño se descubría; colosales cantidades de

dinero dedicadas a todo género de reparaciones. Tal vez no esté de más un somero repaso del papel, o del cartón piedra, que algunos de ellos han desempeñado.

En primer lugar, merecen mención de honor los periodistas. De forma especial los que se dedican a la divulgación científica. Estos pequeños detectives de mentalidades ajenas, que desde hace lustros se dedicaban a inspeccionar con lupa cualquier cosa que alguien dijera, prestos a acusarles de superstición si no acataban el más rígido cientificismo, han mostrado contar en su mayoría con un cedazo estrambótico, que filtraba hasta un mosquito, pero permitía pasar el obeso hipopótamo de la covid-19. Casi todos ellos acusaron de alarmistas a quienes advertían de la verdad. Casi todos ellos ignoraron la literatura científica que tumbaba por tierra esa falsa calma. Casi todos ellos se niegan ahora a reconocer su error, ignorando que la ciencia que dicen amar se basa justo en esto, en admitir los errores propios, más que en resultar infalible. Nunca debimos, pues, concederles especial autoridad. Derribados sean.

Muchos otros periodistas, aunque no consagrados a la divulgación científica, también han participado en erigir fachadas que ahora se desmoronan a pedazos. Ya no solo por contribuir al bulo de "Esto solo es una gripe"; ya no solo por preferir ocuparse de las emociones ("No os preocupéis, no sintáis alarma") antes que de los hechos (las cifras de muertos en Italia y China). En realidad, al desvelarse su pésima comunicación del coronavirus, sale a la luz también lo endeble de sus preocupaciones: hasta un día antes de empezar a

colapsarse las morgues españolas, estos gacetilleros seguían creyendo que castigar los piropos debía constituir nuestro principal empeño nacional. Y hoy aceptan dóciles asistir a ruedas de prensa gubernamentales en que apenas les dejan preguntar, silenciosos como corderos. Nunca debimos, pues, concederles especial autoridad. Derribados sean.

Y qué decir de nuestros gobernantes. Qué decir de los expertos a ellos sumisos, que prefirieron callar lo obvio (asistir a aglomeraciones masivas favorece el contagio) antes de contradecir a sus jefes. Qué decir de las decenas de asociaciones, *think tanks*, grupos de estudio que nos martilleaban cada día con cualquier nimio detalle legislativo, pero que ahora callan. Derribados sean. Enterremos los restos de sus fachadas mentirosas junto a los miles de fallecidos que, por desgracia, no son mero teatro, sino muerte. Y pongámonos luego a reconstruir las ruinas, con ladrillos de verdades y argamasa de realidad.